

VENGEJOS EN EL CORAZÓN

Sánchez Aguado, Francisco

1996

Francisco Sánchez Aguado es Doctor en Ciencias Biológicas

Queda autorizada la reproducción de este artículo, siempre que se cite la fuente, quedando excluida la realización de obras derivadas de él y la explotación comercial de cualquier tipo. El CENEAM no se responsabiliza del uso que pueda hacerse en contra de los derechos de autor protegidos por la ley. El Boletín Carpeta Informativa del CENEAM, en el que se incluye este artículo, se encuentra bajo una Licencia [Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 3.0](#)



Recordaba el poeta británico *Laurie Lee* en su autobiografía cómo había nacido de un mundo de silencio, "... de pueblos como barcos en los vacíos paisajes; de estrechos y blancos caminos transitados por cascadas de caballo y rueda de carro... El caballo era el rey: sus trece kilómetros por hora eran el límite de nuestros movimientos... Esos trece kilómetros por hora eran la vida y la muerte, el tamaño de nuestro mundo, nuestra prisión".

Mucho, ¿quizás demasiado?, han cambiado las cosas en las últimas décadas, nimias e insignificantes a escala geológica, pero inabarcables para cientos de millones de vidas individuales. Nuestra prisión ha cambiado: ahora decimos que el antes vasto mundo se nos ha quedado pequeño, que no hay distancias, casi nos resulta anticuada la aldea global, navegamos por el ciberespacio con absoluto desparpajo y, sin embargo, todo esto se ha logrado a base de trabajo, sí, pero también hipotecando la vida presente de una buena parte de la humanidad, carente de todo, y quizás la vida futura de la especie humana, impelida a una loca carrera hacia ninguna parte, incapaz de poner controles a consumos que derrochan, envenenan y agotan recursos.

Recogía *Piotr Kropotkin* en "El apoyo mutuo", escrito en 1902: "*Sin embargo, emplean un medio bastante original para disminuir los inconvenientes de la acumulación personal de riqueza, que pronto podrá perturbar la unidad tribal: cuando un esquimal empieza a enriquecerse excesivamente, convoca a todos los miembros de su clan a un festín, y cuando los huéspedes se sacian, distribuye toda su riqueza entre ellos*". Alguien que hiciera eso en nuestra sociedad sería tachado de loco, excéntrico y ridículo: ahora lo que cuenta es precisamente lo que asustaba a los esquimales, la acumulación personal de riqueza; nos da igual perturbar la unidad del clan, nos importa un ardite que a nuestro lado se hunda el mundo, se trata de tener más y más.

Y ahí radica la crisis ambiental global a la que nos enfrentamos -realmente ¿nos enfrentamos o, por el contrario, preferimos ni pensar en ella para poder seguir con nuestro ritmo de vida insensato?- el despilfarro, la contaminación, el expolio, las basuras de los países "desarrollados", la venta y agotamiento de recursos naturales, el crecimiento demográfico de los países "pobres". Unos por placer más o menos inconsciente, otros por necesidad, estamos yendo "más allá de los límites del crecimiento". Por eso se impone la necesidad de trabajar en varios frentes: ayuda al desarrollo de los países empobrecidos, pero ayuda sería y de verdad, como de justicia que es, no como instrumento comercial que favorece más al que da que al que recibe; responsabilidad individual para el acercamiento a una vida más natural-racional y menos consumista y destructiva, exigencia política de cambio de usos y prácticas incompatibles con la administración conservadora de una naturaleza que, no lo olvidemos, es nuestra única fuente de suministros de todo cuanto necesitamos.

En todo ello el papel de la educación ambiental es básico, pero no como florero, como desarrollo de actividades más o menos simpáticas para celebrar fechas señaladas o realizar en un campamento de verano y ya está, sino como marco vital de referencia, como herramienta que contribuya al desarrollo de ciudadanos críticos, responsables y solidarios, capaces de cambiar sus hábitos de vida por otros más próximos a la tierra. Decía *Valmik Thapar*, de la Fundación Ramthambhore, dedicada a la conservación del tigre de Bengala y su medio y a la mejora de las condiciones de vida de las comunidades allí asentadas: "... si no volvemos a pensar y a vivir con sencillez, jamás conseguiremos salvar ni los recursos naturales, ni las especies salvajes, ni el resto de los tesoros de la naturaleza". Tenemos una urgente tarea por delante.

Mientras tanto, los vencejos -benditos sean- han vuelto un año más recordándonos con sus gritos y acrobacias que la naturaleza, como toda buena madre, está dispuesta a olvidarlo todo si realmente nos proponemos cambiar las cosas.